

podiera resolverse, como tantas veces, estrellando el cráneo contra los acantilados de la Costa. Y aquella anciana angulosa, exangüe, severamente vestida, que resalta sobre el tapete verde la respetable corona de sus canas, ¿qué esperará de la loca fortuna?; ¿qué desengaño o qué drama roerá el fondo de su cansado corazón?

En uno de los más bellos y prodigiosos parajes de la tierra; junto al mar que condujo sobre sus ondas encrespadas la civilización latina a todas las riberas del mundo, parece justo que se alzara el Palacio esplendoroso del triunfo del trabajo y del humano progreso, festoneado por una vegetación que permite juntar, al soplo de las brisas marinas, palmas africanas y ramas de pinos nortehños y enredar en sus troncos rosas de todas las floras del mundo, bajo la comba triunfal de un cielo siempre azul. Y por lamentable y doloroso contraste es allí, precisamente allí, donde se constituye la colosal metrópoli de las miserias morales que las poderosas naciones garantizan, mucho más eficazmente que los ridículos y anticuados cañones que rodean el Palacete de un Príncipe de opereta, que de las profundidades tenebrosas de los mares del vicio, extrae los medios de bucear los misterios del proceloso Océano.

Descendamos, si esto es descender, desde las

